

—Pero ¿por qué no se habrá de volver la marquesa?

LA SAETA

687

6 OCT. 1973

20 ctms.

MISCELÁNEA

KIOSCO LA SAETA NÚM. 3

RAMBLA DEL CENTRO

La señora propietaria del mismo, además de LA SAETA, tiene á su cargo la corresponsalía de los siguientes periódicos de Madrid:

Heraldo, Heraldo Taurino, El Tío Jindama, La Caza Ilustrada, y *Correo de Valencia, Heraldo de La Rioja, Heraldo de Aragón* y *Madriles.*

En este kiosco recibirán los señores compradores un cupón por cada cinco céntimos de gasto, con opción á diferentes regalos de libros.

—Señora, figúrese usted que me han tocado veinte mil duros á la lotería.

—Te doy la enhorabuena. Lo que siento, es que nos tendremos que separar, porque ya no querrás servirme.

—Pues eso se puede remediar.

—¿De qué modo?

—Entre usted á servirme á mí, y no nos separaremos

—Oye, maridito; esta noche he soñado que me ibas á regalar una preciosa pulsera.

—Esa era mi intención, querida; pero ya no puede ser. Quería darte una sorpresa.

—Oye, Pepe: ¿te conoció anoche tu hermana en el baile de mascaras?

—Hombre, creo que sí, pues apenas le puse la mano en el hombro, me llamó cuadrúpedo.

He conocido á un marido tan celoso, que todos los días daba una paliza á su mujer, con razón ó sin ella.

Si mientras ocurría el vapuleo, llegaba alguna visita, el criado decía:

—El amo no recibe. Está ocupado.

—¿Y la señora, tampoco recibe?

—La señora... sí... y en grande.

Charada

Mi querido *prima tres*
cuarta dos, ayer mañana
cuando tranquilo dormía,
soñando aquella campaña
en que usted se ganó el grado
que ostenta en la bocamanga;
diciendo punto en *tres prima,*
y sin referirme nada
me encerraron en el *todo,*
en donde escribo esta carta.
Un amigo me ha contado
que mi detención dimana
de suponer que robé
un *prima cuarta* de lata.
Usted que sabe quién soy,
interceda por mi gracia
y perdone que la súplica
sea una carta-charada.
Espera su fino obsequio.
el soldado *dos* con *cuarta.*

MORENO

Jeroglífico comprimido

2.	2.

F. CUENCALETI

Rombo

*
* * *
* * * * *
* * *
*

Substituir las estrellas por letras que leídas vertical y horizontalmente, den el siguiente resultado: 1.º, Consonante; 2.º, nombre de varón; 3.º, jarabe; 4.º, metal, y 5.º, vocal.

J. REMIZ

Sinonimia

Soy un insecto que canta
en las noches estivales,
y joya que usar debieran
muchísimos criminales.

A. R.

Soluciones á lo insertado en el núm. 686

CHARADA.—Posada.

JEROGLÍFICOS COMPRIMIDOS.—I, Grandeza; II, Trastornada.

ACERTIJO:

E DUARD
U SEBI
L PIDI
U LOGI
D MUND
O

FUGA DE CONSONANTES:

Madre, qué bonitas son
las flores del cementerio,
parece que están formadas
de ilusiones del que ha muerto.

DOTRES

AÑO XV · BARCELONA 21 ENERO DE 1904 · NÚM. 687

CHARLA



ENTRE los concursos originales nuevos, figura en primera línea, el que se ha verificado en París no hace muchos días para coronar de gloria á la pareja *campeona* que ganara en dar vertiginosas vueltas en el vals á los flacos de espíritu y extremidades abdominales.

Conste que manejo la Fisiología como el *Fleuri.*

El automovilismo, el ciclismo, las carreras de caballos, las carreras de corredores, todo este *sport* y otros más originales, estaban agotados y había que buscar uno nuevo.

Este se ha presentado con la mar de gallardía.

¡El concurso del vals!

En París se ha organizado una gran fiesta para premiar á los vencedores en las vueltas y revueltas.

El tribunal estaba compuesto de personas competentes en la materia, ó sea de bailarines célebres y gente avezada á la *revolución* de los cuerpos.

¡Oh! La cosa fué estupenda.

La orquesta se arrancó con uno de *Keterer* de lo más levantisco que ustedes se pueden figurar.

Los tres relojes del tribunal marcaron la hora dando estrepitosos campanillazos.

Y el original concurso dió principio.

Debo advertir que los campeones eran pesados en una báscula antes de dar principio á la faena, del mismo modo que se hace con los gallos ingleses en los circos galísticos.

En las pizarras figuraban los nombres de los bailarines en la siguiente forma:

Don Fulano de tal y doña Mengana de cual. Setenta y dos kilos y setenta y uno.

Las parejas habían de pesar lo mismo, salvo kilo más ó menos.

Y hubo todo lo que ustedes pueden figurarse.

Un señor grueso y comerciante al por menor, se quedó debajo de un asiento del entresuelo, diciendo á las primeras de cambio:

¡No puedo más!

Este fué el primero que dejó de jugar en tan prodigiosa fiesta.

No quiero cansar á mis lectores dándoles cuenta de los mil incidentes ocurridos en el concurso.

Sólo diré que entre doscientas y pico de parejas, ganó el premio una que pudiera haber hecho competencia á la rueda más dislocada del mundo.

Bien es verdad que ni ella ni él tenían carnes sobre los huesos.

Eran dos flautas desafinadas que, en su afán de dar vueltas, aun estarían haciendo piruetas si el tribunal, más mareado que ellos, *no hubiera hecho sonar el reloj del punto final*, para demostrar que todo había terminado.



La pareja de fideos estuvo bailando seis horas seguidas sin estornudar y sin demostrar cansancio alguno.

—¡Primer premio!—gritó el presidente.

En este momento cesó la orquesta.

Y entre bravos y aclamaciones de júbilo fué premiada la pareja invisible, resultando ser un maestro de escuela español y una fabricante de globos para los chicos.

—¡*Segundo premio!*—*volvió á gritar el presidente del* tribunal.

—¡A mí, á mí, á mí!—dijeron varias voces.

—Yo he bailado cuatro horas sin cansarme,—exclamó una señora de unos cuarenta años.

—¿Y por qué no ha seguido?—preguntó un individuo del tribunal.

—Toma, porque se ha cansado mi marido.

—¿Y á usted quién le manda bailar con su esposo? Para estos excesos extraordinarios, se busca uno que entre de fresco.

—El segundo premio debe ser para mí,—agregó un joven con lentes.

—¿*Qué ha hecho usted?*

—Pues, sencillamente; dar más vueltas que una peonza con mi propia suegra.

—¿Y por qué no se presenta su pareja?

—Porque se ha puesto mala.

—¡Caramba!

—Sí, señores; por primera vez he conseguido marearla en vez de que ella me maree á mí, como tiene por costumbre.

—Está muy bien. Esa se merece un accésit.

—Yo también me lo he ganado,—chilló una señorita.

—A *ninguno de ustedes,—continuó* el presidente.—El segundo premio lo ha ganado la pareja que al salir dió catorce vueltas, se perdió en un palco y aun no se sabe su paradero.



—¡Que salgan, que salgan!—chilló el público.

Pero como nadie se presentaba, los acomodadores comenzaron á repartir patadas en las puertas de los palcos.

—¡El segundo! ¡El segundo! ¡El segundo!...

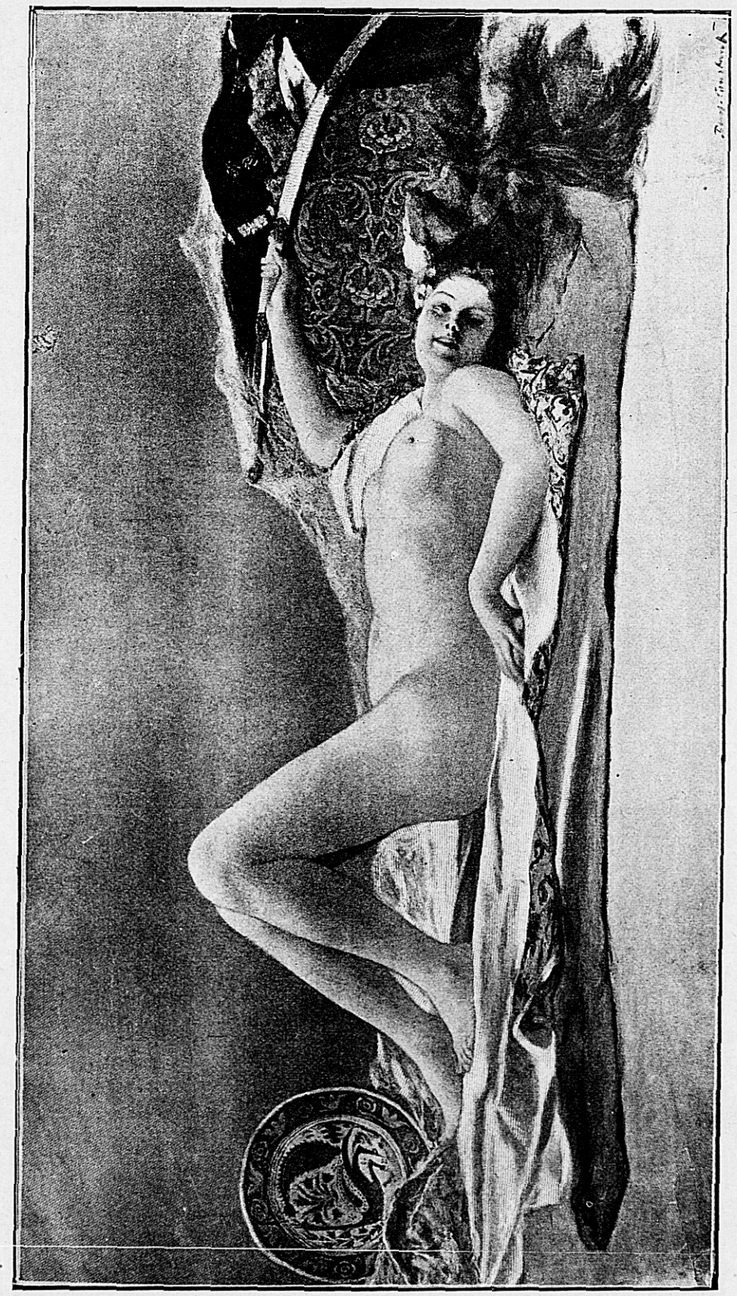
—¡Es el cuarto y en toda regla!—gritó á su vez un señor grueso, llevando de la mano á su pareja tan gruesa como él y muy desordenada respecto al tocado.

Total, los dos premios del vals fueron ganados por la pareja de las seis horas de molinete y por la otra de las catorce vueltas y eclipse. Para que me dispense el tribunal:

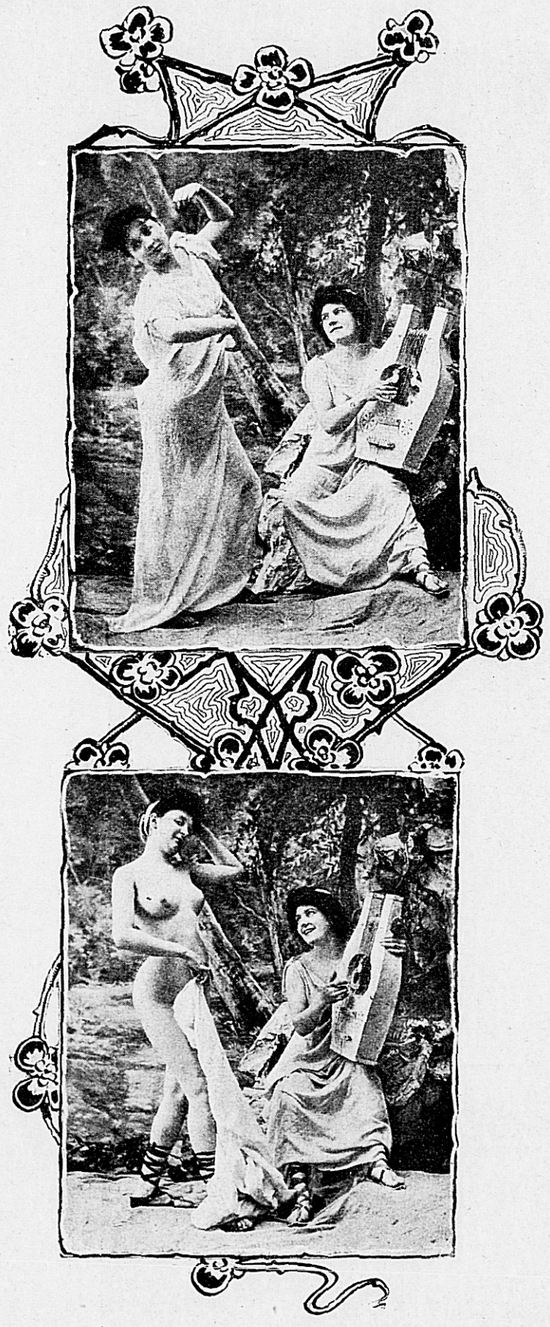
Yo hubiéra dado el premio á la del eclipse.

JOAQUÍN ARQUES

Bellas Artes



VICTRIX, cuadro de Benjamin Constant



Al son de las notas
de su alegre lira,

se quita la pena...
y estalla la risa.

(DE LA VIDA)

—

Año nuevo...

MARTINA *era muy religiosa.*

Digo era y debo hablar en presente.

Lo es y seguirá siéndolo, pero no por serlo deja de merecer su nombre... propio. Mujer al día, se la vió infinidad de veces en el paseo, entre su marido y su amante, teniendo para el primero palabras secas y para el otro sonrisas de hembra que nos pertenece.

También tiene Martina su Padre, un curita que viste á la moda, muy hablador, muy simpático y que, cuando se pierde, es fácil encontrarlo en cualquier perfumado *boudoir* para sustraer á Satán algún alma que unifique cuerpo hermoso, de caderas gozadoras, senos lujuriantes y formas perversas por su voluptuosidad.

¿Quién no piensa cambiar de vida desde primero de año?

Pocos labios dejarán de pronunciar las consabidas palabras de *Año nuevo*...

La hembra gentil tuvo su hora de arrepentimiento; los besos *del otro* no le satisfacían; al contemplar las miradas suplicantes del engañado, sentía herida la conciencia por los mordiscos del reproche.

Por esto, al arrebujar su cuerpo entre las sábanas del amplio lecho matrimonial la noche de san Silvestre, pensó Martina enmendarse; así como así su Padre... espiritual andaba algo entretenido en la salvación de un alma y aplaudiría tal resolución honesta.

—Nada, nada,—pensó la pecadora,—desde año nuevo, seré una mujer de bien. Carlota se alegrará, porque se insinúa demasiado con Eduardo y mi proyecto le empuja más hacia esa rubia que mira á los hombres entornando sus ojos verdes, como hacen los gatos cuando ven el sol... pero no importa. Seré para mi maridito. Le daré los prosaicos gustos que me pide y estaré tranquila con mi conciencia.

Poco á poco sus pensamientos fueron embrollándose, hasta que el sueño rindió la inteligencia para aviar una imaginación exaltada.



Tres amigas muy alegres,
muy guapas y muy dispuestas...

á dejarle á usted espirando
el fondo de la cartera.

La hermosa soñó que pecaba de nuevo y las caricias de Eduardo le parecían más ardientes, sus ojos fascinándola obligaban á seguir la voluntad del amante... aquellos besos tan fuertes y tan largos como si quisieran retener el placer que se iba, para volver de nuevo más débil y retrasado; las frases que el deleite hacia cortas; aquel palpiteo marcante del corazón al desfallecer; todo tenía nuevo encanto, otra sugestión, mayores goces desconocidos, distinto sacudimiento de nervios por ignoradas sensaciones. Y llegó el nuevo día, la naciente alborada de otro año, traído por las implacables horas en su marcha continua hasta la eternidad, despertó á la bella, quien saltó del lecho y medio desnuda, con la cabellera en desorden, luciendo sus encantos con la libertad de mujer sola, trazó en un papel rápidamente nueva cita para el amante, y al cerrar el billete amoroso, recordando los pasados propósitos de enmienda, dejando escuchar el tintineo argentino de su sonrisa de histérica, exclamó:

—¡Año nuevo... la vida de costumbre!

E. PELÁEZ MASPONS

Veleidades

I

Una chica morena, fresca y barbiana
era, y es, mi vecina, la hermosa Juana,
de ojos negros, brillantes, tan hechiceros,
que causaban la envidia de los luceros.
Por su cuerpo gracioso, por sus andares
los muchachos del barrio,—y habrá millares,—
andaban casi todos medio chiflados,
pues estaban de veras enamorados.
Pero Juana, que nunca les atendía,
á todos desairaba más cada día,
porque no la siguieran tantos moscones,
que, rendidos, le daban sus corazones.
Mujer de aspiraciones era Juanita;
la gloria deseaba más que la *guita*,
y envidiaba el renombre de los actores,
y la fama que gozan los escritores,
y hasta, á veces, soñaba con que un torero,
más bravo y más valiente que el *Espartero*,
le dijera al oído muy cariñoso:
—En breve, serranita, seré tu esposo.

II

Por fin, enamorado diestro valiente,
que en la plaza admiraba toda la gente,
por su bravo coraje, su gallardía
y su dosis enorme de sangre fría,
quiso hacerla su esposa con gran premura,
que le había encantado tanta hermosura...
. . . . . .
¡Con qué dulce entusiasmo, con qué embeleso,
del palco le enviaba beso tras beso,
cuando hacía el paseo con las cuadrillas,
dispuesto á hacer monadas y maravillas!
¡Y qué bien le sonaban las ovaciones
que al bravo tributaban en ocasiones!
¡Con qué gozo inefable, con qué energía
—¡Yo soy; yo soy su esposa! ¡Yo!—repetía...

III

Hoy la veo en los toros constantemente,
luciendo su hermosura resplandeciente;
pero ya no le importa den un silbido,
ni que las palmas toquen á su marido,
pues la ingrata, en secreto, le causa agravio,
amando con delirio... ¡á un *mono sabio!*...

ABELARDO DELGADO

El honor salvado

ISIDORA y Celestino vivían en habitaciones contiguas, y sus respectivos dormitorios estaban separados por un tabique.

Doña Leocadia, tía de la mozuela, de treinta años y muy guapa, único amparo de su sobrina, quien desde la niñez quedó huérfana, vigilaba severamente la conducta de Isidora, no permitiéndole devaneos amorosos y procurando casarla cuanto antes, para quedar, como ella decía, libre de cuidados.

Y es el caso, que la joven y Celestino se vieron, y enamorados uno del otro, entablaron relaciones á espaldas de doña Leocadia, haciendo lo posible porque la buena señora no sospechara lo que ocurría.

Pero como por entonces resultaba prematuro hablar de matrimonio, porque á Celestino le faltaban cuatro años para terminar la carrera, ambos amantes inventaban con el diablo mil estratagemas para burlar la vigilancia de la tía, sin conseguir apenas verse una vez al día y sin poder cruzar media docena de palabras tranquilamente.

La situación era para desesperar á dos enamorados del temple de Isidora y Celestino.

Porque la niña pecaba de romántica y el estudiante de atrevido; ella, de temperamento ardiente y él de carácter emprendedor, puede juzgarse cual estarían uno y otro, sujetos al despótico yugo de doña Leocadia.

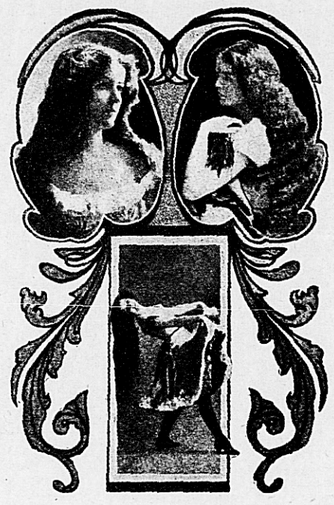
En cierta ocasión Isidora recibió esta carta:

«Idolo mío; no tengo paciencia para continuar así y es indispensable que tú colabores con entusiasmo en mis proyectos.

»Tu cuarto y el mío están separados por una



Las cancanistas



Tres primeras medallas en el certamen de pelo largo que se ha verificado en Londres, hace cinco días.

pared muy sencilla; he practicado una cala y no es difícil abrir un hueco de regulares dimensiones. Llevo la obra bastante adelantada y sólo necesito que tú coloques algún mueble, cortina ó cuadro, con objeto de que no descubra nadie nuestra martingala.

»No sabes el trabajo que supone la ejecución de mi plan; si por la noche oyeres ruidos sospechosos en tu alcoba... ¡soy yo, que trato de romper la cárcel en que gimes prisionera!

»Si es verdad que me quieres más que á tu vida, como tantas veces me has jurado, aprobarás cuanto me inspira el amor que te profeso.

»Quema esta carta en cuanto la leas.

»Tuyo, *Celestino*.»

Figúrense mis lectoras, qué impresión causaría en el ánimo novelesco de la moza, tales indicaciones. Desde aquel momento, Isidora sólo pensaba en el instante supremo de ver cómo la cabeza de su adorado pasaría por el agujero; dedicaba las noches, no á dormir, sino á escuchar los ruidos, imperceptibles primero, más distintos después, que indicaban los progresos de la obra. Para ocultar el boquete que de un momento á otro quedaría terminado, hizo Isidora trasladar allí el armario ropero, que cubrió casi por completo el lienzo de la pared.

Celestino, con buen acuerdo, comenzó su tarea, y ante todo, proveyóse de un baúl mundo grande, en el cual depositaba cuidadosamente los escombros.

Como el audaz estudiante no trabajaba más que por las noches y con el sigilo indispensable para no ser descubierto, la operación avanzaba con lentitud desesperadora y la incertidumbre de su adorada iba en aumento, hasta el punto de arriesgar la salud, quebrantada por varias noches de insomnio y la natural zozobra de quien no está muy seguro respecto á la pureza de sus intenciones.

Por fin, al mediar la noche del octavo día, vió Isidora caer en su cuarto un papelito deslizado entre la pared y el ropero y cuyo contenido era el siguiente:

«Amada mía: la obra está concluída, hasta mañana. Tuyo, *Celestino*.»

Quemó Isidora el aviso y pasó la noche tan inquieta y azorada pensando en la aventura extraordinaria emprendida por su amante, que al amanecer sintióse indispuesta y hubo de guardar cama.

Doña Leocadia no se separó en todo el día de la cabecera, cuidando á su sobrina con maternal solicitud, é Isidora, que no había podido dar aviso á su galán de semejante contratiempo, veía con terror que se acercaba la noche y con ella la hora en que el diablo lo descubriera todo.

¿Qué hacer en tal conflicto? ¿Cómo alejar de allí á la tía? ¿Cómo recibir la visita de su adorado en aquella disposición? ¡Válgame Dios y cuántas ideas se agolparon al cerebro de la infeliz, contribuyendo á empeorar el estado de sus nervios! Celestino esperaba tranquilamente el momento de la entrevista, considerándose el dichoso Píramo de aquella Tisbe encantadora de dieciocho años y ojos negros.

Al anochecer, dijo Isidora:

—Tía, parece que estoy mejor; quisiera levantarme un poquito.

—Si estás capaz, ¿por qué no? Pasaremos al comedor; así cenarás levantada y con más apetito.

—Probaré.

Y por un impulso de la voluntad, superior á la fuerza física, Isidora, con ayuda de doña Leocadia, se levantó dirigiéndose á la habitación designada.

Su objeto no era otro que el de hacer lo posible porque doña Leocadia creyera que la indisposición había desaparecido y la dejase en paz toda la noche.

Cenó con aparente apetito, charló *por los codos* y á la hora de costumbre mostró deseos de acostarse.



La de arriba, la de abajo y la que veis en el centro, es la célebre *Norina*, coupletista de concierto.

Al abandonar el asiento, acometióle un desmayo que la privó en absoluto del conocimiento y con grandes apuros, entre la tía y la criada, hubieron de trasladarla á la alcoba más proxima, que era la de doña Leocadia y allí la acostaron; volvió en sí la desdichada Isidora momentos después y preguntó:

—¿Dónde está mi tía?

—En el cuarto de usted, señorita; no quiere que se levante usted, por si le repite el soponcio y como se ha sobrecogido mucho con el accidente, se ha echado á medio vestir en la cama de usted.

—¡Dios mío!—exclamó la joven, pensando en la catástrofe que se avecinaba.

Después preguntó:

—¿Qué hora es?

—Las doce.

—Media noche ya, ¡qué horror!

Y se cubrió el rostro con las ropas de la cama, para ocultar el llanto que pugnaba por salir de sus ojos.

Poco después, escuchando con atención, creyó percibir rumores sospechosos que partían de su alcoba.

—¿Oyes?—preguntó á la criada.

—Sí; se levantará la señora.

—Ves á ver...

Y la maritornes, con todo sigilo, acercóse á la puerta de la alcoba misteriosa, para volver en seguida al lado de su señorita.

—¿Qué has oído?

—Una voz de hombre, besos y... ¡están á oscuras!

—¡Esto no puede ser!—gritó Isidora, saltando de la cama con el ímpetu propio de los rabiosos celos que sentía.—Trae luz... y ¡verás como los sorprendemos!

Y seguida de la criada, penetró en la habitación, viendo á doña Leocadia y Celestino, muy amartelados... ¡en su propio lecho!

—¿Qué ha hecho usted, tía?—interrogó la moza, con mal reprimido coraje.

—¡Salvar tu honor!—respondió doña Leocadia, sentenciosamente.

LUIS FALCATO



DESDE MADRID

CRÓNICAS

LA NIEVE Y LOS POBRES





MADRID, población viciosa y corrompida si las hay, está en el momento histórico, ataviado con galas de pureza. La nieve, que durante muchas horas no ha cesado de caer, lo ha cubierto todo con su blanco ropaje. Calles, plazas y paseos presentan el mismo aspecto deslumbrador. Todo alfombrado por los blancos copos.

Los habitantes de ésta, que no estamos acostumbrados á tales desahogos atmósféricos, hemos tributado á la nieve una entusiasta ovación y un *caluroso* recibimiento. Y no crean ustedes que muchos se han contentado con hacer esto desde su casita, sino que en plena nevada han corrido al Retiro á admirar *de cerca* los encantos del paisaje.

Díganlo sino las de Tontáinez, que apenas empezaron á cuajar los copitos se encaminaron, acompañadas de su fámula y de sus respectivos novios, hacia el Angel caído y alamedas adyacentes dispuestas á celebrar con ellos *la gran batalla*, á pelotazo *limpio*. Cosa que realizaron con verdadera alegría y con encarnizamiento, y sin más desperfectos que el sufrido por el novio de una de ellas, consistente en una pequeña desviación de la nariz, efecto de uno de los susodichos pelotazos. Después se dedicaron, por parejas, (1) á hacer esculturas y bolas, ó simplemente á comerse la nieve á puñados sin miedo á los retortijones de tripas.

Afortunadamente la tarde terminó bien para ellos; y cuando abandonaron el parque, rendidas y sudorosas por el *exceso* de ejercicio, para dirigirse al domicilio paterno, iban diciendo con alborozo:

—¡Cuánto nos hemos divertido! ¡Ojalá nieve mañana también!

La verdad es, dejando á un lado á las de Tontáinez y otras de su calaña, que Madrid, sobre todo de noche, ha estado muy aburrido. Las calles solitarias, los cafés desiertos, los teatros vacíos.

Para los pobres han sido estos unos días terribles, horrorosos. Los unos en su buhardilla, sufriendo en la sombra; los otros en plena calle, en los quicios de las puertas con el cuerpo helado por dentro y amoratado por fuera...

¡Y aun hay quién por capricho desea el invierno! ¡Que venga, que venga pronto el verano!

MANUEL MARTÍN CARRASCAL

(1) La fámula con un guarda.

Clarividencias

En busca de algo nuevo
las otras noches,
danzaba por las calles
como un fantoche,
cuando sentí á la espalda
que, por el nombre,
me llamaban, cortando
mis reflexiones.
Al ver que era una vieja
con más bigotes,
que dos mil langostinos
de los mayores,
ya dispuesto á decirle
«Por Dios perdone»,
me acordé que eran célebres
sus predicciones
entre todas las mozas
y jugadores,
é invitela á unas tintas
con caracoles.

—

Puestos ante una mesa
pintada de ocre,
basta cual el reverso
de unos serones,
y exhortada á decirme
con pormenores
qué nos guardaba el año
que entraba entonces,
—pues del viejo acababan
de dar las doce;—
la famosa vidente,
tras unos frotes
dados á su occipucio,
dobló el cogote;
y en un punto fijando
sus ojos miopes,
hízome interesantes
revelaciones,
que yo traslado á todos
los españoles.

—

Al pletórico Apolo,
á pescozones,
le hincharon un carrillo
entre otros soles,
que es la mancha que dicen
sus celadores:
por eso le revientan
las *conjunciones;*
y en castigo á tal vicio
de nuestros hombres,
no tendremos más luces
que los faroles.
La Luna, está que trina
con los guasones
y piensa querellarse,
porque su nombre,
no hay quién á cada paso
no lo coloque
donde no queda un pelo
ó hay relaciones...

—

La Tierra, ya cansada
de andar al trote,
sin lograr otra cosa
que echar los bofes,
dice que no tolera
que la joroben,
y que no dará un paso
ni á tres tirones;
pero en cambio tendremos
sus pobladores
la cabeza más firme,
y en nuestras Cortes
no habrá un representante
sin *cascos* dobles;
con lo cual no es difícil
que se pregone
la inmunidad del cráneo,
y á las sesiones,
por sombreros se lleven
conformadores.

—

Gracias á socorridas
transmutaciones,
tendremos de oro y plata
gobernadores,
y el ministro de Hacienda
saldrá en su coche
gritando por las calles:
«¡Quién vende cobre,
hierro viejo y largueros
de panteones!»
para ponernos de onzas
hasta los topes.
Habrá arzobispos, fieles
continuadores
del Don Opas histórico,
y á nuestras voces,
lloverán capuchinos
hasta de bronce,
procedentes de saldo,
por colecciones.

—

Tendremos una escuadra...
de *gastadores,*
en las costas pondremos
guardacantones
y un letrero que diga
con flechas dobles:
«Se prohibe que nadie
nos incomode.»
Regaremos las tierras,
pues se propone
el ministro del ramo
comprar en Londres,
un respetable número
de irrigadores.
La peseta ¡tan gorda!
tal, que en su abdomen
pondremos una faja,
y en los talones
sinapismos, que eviten
se congestione.

—

El que muera, se muere
con condiciones:
de indigestión ó empacho;
si no ¡al garrote!
Tendremos las escuelas
como los postes,
como los adoquines
los instructores,
y entraremos, por último,
en relaciones
con Santiago primero,
que es un buen hombre.
Aquí calló la bruja,
se guardó el postre,
y salí del garito
con intenciones
de gritar en las barbas
de unos señores:
¡Salisbury *segundo,*
nos desconoce!

E. D. C.



La fiebre del agua

La degeneración física se acentúa.

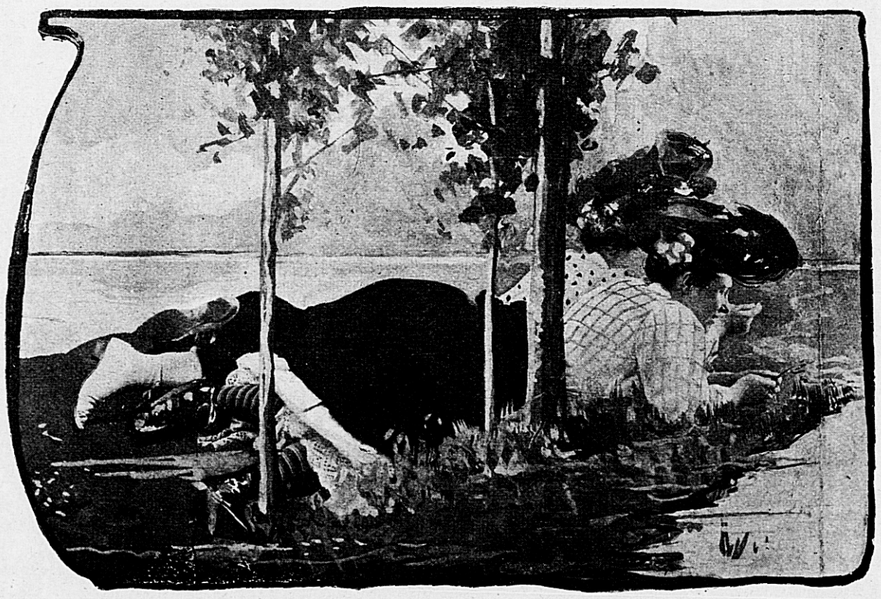
¡Triste, muy triste es confesarlo, pero hay que reconocerlo! ¿Dónde encontrar hoy al hombre capaz de bambolear un templo con sólo el esfuerzo de un brazo musculoso? ¿Dónde al gladiador de miembros acerados, pronto á dominar con la presión de sus nervudas manos la indómita fiereza del rey de la selva? ¿Dónde al infatigable campeón de las pasadas justas, jineteando con las férreas vestiduras y ofendiendo con sus pesadas armas? ¡En ninguna parte!

Cierto que las razas decrecen; muy cierto que lo perdido en desarrollo físico lo adquirimos en intelecto; *ciertísimo que la cabeza debe dominar al resto del organismo; pero cierto, muy cierto,* ciertísimo también, que ante esta rápida evolución cefálica, la especie humana tiende á reducirse á la más mínima expresión, cuando no á correr la suerte de la preconizada á la forma poética.

Si comparamos las generaciones sucesivas desde los más remotos tiempos hasta nuestros días, y observamos las desproporciones cada vez más acentuadas de sus cabezas; si analizamos la generación que se prepara, de extremidades cortas y acrásicas, de tórax deprimido, de rostro macilento y cráneo voluminoso; si con la mirada fija en las generaciones futuras, seguimos la línea declinatoria ya iniciada; y si, retenida la imagen que nos sugiera ese avance imaginativo, hacemos algunas observaciones de orden microscópico, quedaremos amargamente convencidos de que marchamos vertiginosamente á nuestro punto de partida: al espermatoroide.

¡Qué versátil es la Naturaleza! ¡El andábata cesariano, el justador de ayer! ¡El justador de ayer, el cerebral de hoy! ¡El hombre de mañana, la caricatura moderna!

Y ¿qué porvenir le queda reservado á la ciencia ante esta eliminación de la especie humana? ¿Hasta qué estrechos límites no habrá de reducir sus proporciones la Medicina? Toda la Patología, toda la Terapéutica tendrá que circunscribirse á un compendiado estudio de Cefalología; el médico no podrá subsistir, porque la «cabeza hombre» podrá serlo de sí misma, dado lo reducido de su humanidad; el farmacéutico marchará amadrinado con el médico, puesto que siendo el cráneo la parte preponderante, á él habrá de referirse toda la medicación que, salvo los casos de alienación, será la indicada á la Cefalología más comúnmente: ¡he aquí á lo que caminamos! Y, si á estas desoladoras consecuencias, relacionamos otras de carácter moral y estético, con el espíritu lacerado y la conciencia entenebrecida, apartaremos asqueados la mirada de los que han de ser, para fijarla como único lenitivo en los que fueron.



¿Qué esperarán así?



¡Tres pasos al frente!

¡Fijar la mirada en los que fueron, sí! Pero no para estacionarnos perplejos ante el recuerdo histórico de sus líneas masculinas; no para deleitarnos ante la belleza de proporciones fielmente modeladas; no para admirar la corrección del dibujo ó la verdad del colorido, llevadas al lienzo por las pinceladas del artista, sino para llegar á ellos, revelándonos contra la Naturaleza, luchando contra su tornadiza voluntad, dominándola, venciéndola.

«¡Hay que cuidar de la infancia! ¡Hay que nutrir é higienizar al niño! ¡Hay que fortalecer y vigilar en su desarrollo al adolescente! ¡Hay que castigar severamente la explotación del menor!» Estos son los gritos de «guerra á la muerte» que brotan de todos los pechos. Y, sin embargo, este altruismo colectivo, no rebasa los circunscritos límites de la teoría: el infante paga con usura á la muerte y la explotación del niño continúa.

¡Ah, la explotación! Una de las más propincuas causas de nuestra degeneración. En el niño, todo es materia explotable: su ruindad física, su rara deformidad, sus gracias, su esfuerzo muscular, su inteligencia; para él, todos son explotadores: el patrón, el familiar, el amigo, el padre... ¡el más culpable, el más inicuo, el más repugnante de todos ellos!

Nada tan eficaz ni tan pujante como el ejemplo, para fijar la positiva de la verdad en nuestra conciencia, y á este propósito, nada que llene su finalidad con tonos tan vívidos como la obsesión positivista del acaudalado propietario rústico don Aquiles X, hombre que frisaba en los cuarenta años, de grandes iniciativas y arrestos, casado con una virtuosísima mujer, metalizado hasta convertirse en prisionero del tanto por ciento, y en quien el moderno flujo de la política hidráulica había encontrado uno de sus más entusiastas y esforzados propagandistas.

Para él, toda la existencia se concentraba en el campo, donde solía pasar largas temporadas, y en el planeamiento de proyectos industriales, allí donde el agua podría ser fácilmente utilizable como fuerza motriz; y en estos planes servíale de asesor, un ingeniero, íntimo amigo, que habitaba el principal de su misma casa.

Su único hijo, Luis, tendría unos cinco años y apenas si llegaba á representar tres; tan raquítico, tan desmedrado, con sus manos exangüe y su cuello de carrizo, parecía como un ensueño el que tan debilitado cuerpecito pudiese soportar el peso de un voluminoso cráneo invadido por la hidrocefalia; enfermedad de la que su padre no había tenido tiempo de ocuparse, no obstante, las reiteradas exhortaciones de su esposa.

Cierto día en que el pequeñuelo, aprovechando un descuido de la familia, salióse jugueteando á la escalera, faltas sus piernecitas de energía para sostenerle, rodó buen trecho de ellas, abriéndosele una profunda herida en la cabeza.

¡Paso á la gracia española!



Ni en Francia, ni en Inglaterra,
ni en Rusia, ni el Japón,
se encuentra la sal que tiene
esta chica de mistó.

Porque *en el resto del mundo*
no se puede hallar la gracia
que derrochan por las calles
las mujeres en España

—¡Corra usted por el primer médico que encuentre!—ordenó á un criado la desolada madre, luego que se hubo dado cuenta del accidente.

—¡No!—gritó don Aquiles, dándose una palmada en la frente al recordar la enfermedad de su hijo. Y tras una pausa, añadió:

—Avise inmediatamente al ingeniero del principal.

—¡Pero estás loco!—sollozó ella.
—¿Para qué?

—¿Para qué? ¡Para ver si podemos aprovechar un salto de agua! —contestó él con una sonrisita de triunfo.

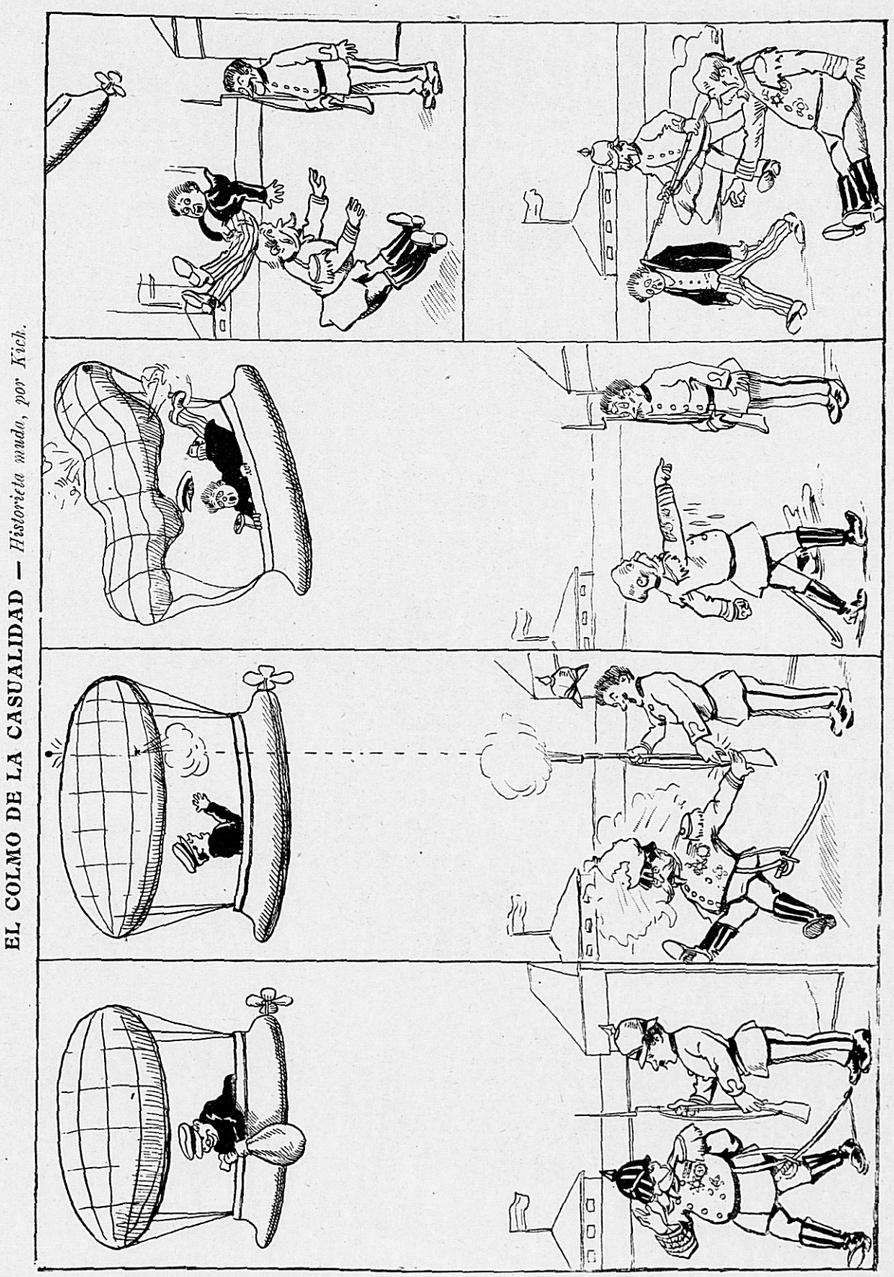
E. Díaz Corona

Alma gitana

—Tú, Carmeliya,
no tiés talento,
ere una moza
con poco cezo.
Yo *zoy tu pare*
y soy má viejo;
tengo esperencia
y zé má d'eso.
Mira qui on Juan
er un agüelo
con dié miyone,
y eze pequeño
con quien tú jabla,
no tié má mérito
que zer mu farso,
que zer mu feo,
y á má, mu probe.
—Jace ya tiempo
le he dicho, pare,
que yo despresio
eza riqueza;
no quió dinero...
Yo zolo busco
cariño tierno,
jondo, mu jondo...
Por ezo quiero
á mi gitano,
á mi moreno,
que tié maz ange
que er mismo sielo.

A. D.

EL COLMO DE LA CASUALIDAD — *Historieta muda, por Kirk.*



Recuerdo...

Tendría yo escasamente dieciséis años cuando abandoné el colegio de los jesuitas.

Una mañana mi tía vino á buscarme para ir al pueblo. Me despedí de aquellos benditos padres con la hipocresía que me habían enseñado, les besé las manos, prometíles que sé *yo cuantas cosas*, y ya en la calle, reflejó mi rostro el *más vivo* contento, aspiré con delicia auras de libertad y me sentí feliz, cual pajarillo que bate sus alas fuera de la dorada jaula...

Yo era un mozalbete larguirucho con *todas las apariencias* de un tuberculoso.

Siguiendo las instrucciones del médico del pueblo, dejé los libros, así es que jugaba al trompo, corría por los prados, me iba con los chicotes á buscar nidos...

¡Con qué envidia los *veía trepar á los* árboles!

¡Ah, yo no podía hacerlo!

Me acostaba tempranico, apenas se dibujaban las sombras de la noche, y ya dentro de los blancos cendales *rezaba al Angel* de la Guarda y me dormía, arrullado *por el* sueño de mi inocencia.

Una tarde, después de rezar el rosario, fuimos á la estación á esperar á mi prima.

Yo no la conocía.

Quedé confuso ante aquel dechado de *perfecciones*.



Una modelo que no necesita desnudarse para exhibir sus formas

¡Era mucha su hermosura! Rubios y ensortijados cabellos adornaban su *escultural cabeza*, sus rasgados ojos, límpidos como el azul del cielo, velados por sedosas pestañas despedían yo no sé que fascinador brillo, y su pecho, bien formado, mostraba voluptuoso, incitante, las ondulaciones de la juventud.

—He aquí tu primo,—le dijeron.

Y me tendió la mano, y sonrió dejando ver finísimas perlas, y adelantó su frente y... la besó mi alma!

Aquella noche no rezé al Angel de la Guarda.

La imagen de Lucila, ese era el nombre de mi prima, me robaba el sueño. ¡Allá *dentro* de mi pecho sentía *algo* que á definirlo no acertaba!

Simpatizamos al momento.

Ella gustaba mucho de permanecer á mi lado, bien que yo lo apetecía á cada instante.

Dormíamos tabique por medio y por un agujero veía en el lecho, suelta su abun*dosa cabellera*, mal cubiertas sus mórbidas formas... ¡El diablo, sin duda, midió la altura de mi observatorio! Caía frente á una silla donde acostumbraba ponerse las medias.

A fuerza de contemplarla en su natural abandono y de saborear *sus más íntimos* detalles, llegué á quedarme lo mismo que una espátula.

Juntos dibujábamos cabezas de turco, y al sentir sus ricillos de oro acariciar mis sienes, su aliento en la mejilla, tan cerca de mis labios, los suyos, *incitantes, sensuales*... me acometía vértigo, mareo...

Yo no me atrevía á decirle el poema amoroso que recitaba quedo mi corazón. Y á fe que la muchacha lo deseaba. Poníame como la grana al oir decir á mi tía:

—*Estos concluirán* por ser novios.

Una tarde nos fuimos de paseo, solos.

Lucila estaba algo pálida y ojerosa, no debía ser cosa de cuidado. Nos detuvimos á descansar al pie de una noguera que plácida ofrecía protectora sombra. Lucila, al sentarse, *arregazó su falda descubriendo nívea* blancura y el nacimiento de su bien modelada pierna.

Yo me senté un poco más bajo.

Transcurrieron unos minutos de silencio.

—¿Qué tienes?—le dije observando su languidez.

—Nada,—contestó.

Y fijando en mi rostro sus límpidos ojazos, quedó reclinada en la tupida hierba...

—¡Lucila!—exclamé con infinita dulzura.

¡Se había desmayado!

Recliné su cabeza en mis rodillas y loco de pasión besé sus purpurinos labios...

Volvió en sí, mejor dicho, fingió volver de su desmayo, arreglóse el cabello, sacudió la falda y

—Primo, eres un *tonto*,—añadió volviéndome la espalda.

Y echó á buen paso en dirección á casa.

Aquella misma noche se fué á su pueblo.

Y al acostarme, al hundir mi cabeza en la almohada, dejé correr el llanto y, necio, com*prendí que pude lograr haberle* arrebatado á aquella mariposa, el polvo de sus alas...

F. Goyena Lasheras



Instantánea sacada en la playa, el verano pasado, de una pescadora de peces *primos*

LA SAETA

ALMANAQUE DE "LA SAETA"

Ponemos en conocimiento de nuestros lectores que ya hemos terminado la reimpresión del magnífico

ALMANAQUE DE "LA SAETA"

Los señores corresponsales á quienes no hemos podido complacer sirviéndoles la segunda remesa, pueden desde luego indicar el número de ejemplares que le hemos de remitir.

A pesar de los gastos que nos ha obligado á hacer la reimpresión del

ALMANAQUE DE "LA SAETA"

no hemos querido omitir detalle alguno para que esta SEGUNDA EDICIÓN *resulte á la altura* de la primera.

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia al Administrador D. ROMÁN GIL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PROVENZA, 266 BARCELONA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre	6 pesetas
Año	11 »
Extranjero y ultramar, un año . . .	17 »
Número corriente, 20 céntimos.	

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses en España y un año en el Extranjero. Las suscripciones *empiezan el primero de cada mes*.—Pago adelantado.

A NUESTROS LECTORES

Participamos á nuestros lectores que podemos servir

Colecciones completas

DE

LA SAETA

del año que ha pasado, sin aumento alguno del precio ordinario, ó sea á

20 céntimos número

SANTAL MIDY

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficáz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre MIDY

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

Imprenta de Antonio Virgili en Cta. — Rosellón, 106

PROVENZA, 266 BARCELONA — ROMÁN GIL EDITOR — PROVENZA, 266 BARCELONA

Catálogo de las obras publicadas por esta Casa

Á REAL EL CUADERNO

Dramas del Santo Oficio, novela histórica original de don Alfredo Román de Luna.—Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

¡Viva España! Historia popular de las guerras de Cuba y Filipinas, por E. Rodríguez Solís.—Ilustrada con riquísimas *cromolitografías*.—Consta de 84 cuadernos, formando 2 tomos.

Luchas Supremas ó Nobleza contra Infamia. Historia de la guerra con los Estados Unidos, original de D. Victoriano Reinosa de León. (Continuación de ¡Viva España!) Ilustrada con riquísimas cromolitografías. — Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

El Secreto de la Muerte, novela original de Álvaro Carrillo —Ilustrada con oleografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

Miserias Humanas ó Pedazos de la Realidad, novela original de D. Eleuterio Ruilop.—Ilustraciones del reputado artista D. Manuel Picolo.—Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

Á 2 REALES CUADERNO

Historia de la Revolución Española desde la Guerra de la Independencia á la Restauración, por D. Vicente Blasco Ibáñez, *con un epílogo de D. Francisco Pi y Margall*.—Segunda edición corregida y aumentada—Ilustrada con fototipias, fotolitografías é infinidad de retratos—Consta de 108 cuadernos, formando 3 tomos.

Historia crítica de la Restauración borbónica en España (Veinticinco años de historia contemporánea), por Don Emilio J. M. Nogués, con un prólogo de D. Enrique Vera González. (Segunda parte de la Revolución Española).—Obra ilustrada con profusión de oleografías aparte del texto.—Consta de 116 cuadernos, formando 3 tomos.

Los Guerrilleros de 1808. *Historia popular de la Guerra de la Independencia*, por D. E. Rodríguez Solís.—Segunda edición notablemente corregida y aumentada.—Ilustrada con magníficas oleografías á doce ó más colores.—Consta de 56 cuadernos, formando 2 tomos.

Glorias Republicanas (americanas y españolas), por A. Sánchez Pérez.—Ilustrada con oleografías y retratos *de celebridades*.—*Glorias republicanas (americanas y* españolas) es, ante todo y sobre todo, libro de propaganda, y en este concepto y con esa tendencia lo escribió el antiguo compañero de Robert y de Luis Rivera en el inolvidable *Gil Blas*.-Consta de 100 cuadernos, formando 3 tomos.

Los Mártires del Trabajo, novela filosófica social por D. Vicente E. Miquel, abogado.-Ilustrada con grabados aparte del texto.—Consta de 20 cuadernos, formando 1 tomo.

La Casa del Crimen, novela de costumbres escrita por *Alvaro Carrillo.—Ilustrada con grabados.—Consta* de 43 cuadernos, formando 2 tomos.

Conflictos entre la Razón y el Dogma (Memorias íntimas de un librepensador), por H. Ardieta.—Consta de 50 cuadernos, formando 2 tomos.

A 6 REALES TOMO

Maravillas de la Fotografía y la Electricidad, Cinematógrafo, *Teléfono y Radiógrafo*.

Diccionario manual de las falsificaciones en los principales productos alimenticios.

A través de los cielos.—Astronomía al alcance de todos.

La Muerta Viva ó El Sepulcro Misterioso, por Leandro García Merino.—Forma esta interesantísima novela un voluminoso tomo de 492 páginas en 4.°, con magnífica cubierta al cromo y 20 preciosas láminas en color.—Precio 4 ptas.

NOVELAS ILUSTRADAS Á 2 REALES TOMO

Zazá, Mimí y C.ª
Enrique de Lagardère ó El Jorobado.

Los Huérfanos del Puente de Nuestra Señora.
El Tenorio de Belchiche.

Corpus de Sangre ó Expiación.
Entre Niñas y Brigadieres

La Choza de Tom ó El Martirio de los Negros.
Lulú.

BIBLIOTECA ECONÓMICA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

La Plegaria de Amor.
La Hija de la Muerta.
El Mártir de su culpa.
Corazón de Madre.
La Caridad de un Angel.
Abandonada en el Mundo.

Calvario de Amor.
Mal Padre y Buena Hija.
Corazón en la Mano.
El Suplicio de una Mujer.
El Perdón del Marino.
Lágrimas de Hielo.
El Rey de Imerecia.

El Cuento de María.
Andrajos y Diamantes.
Enriqueta.
Un Mozo aprovechado o La Orfandad por Herencia.
La Cruz del Monte.
Equivocación fatal.

Mujer y Angel.
Flores del Alma (2.ª parte de Mujer y Angel).
El Recuerdo de Gloria.
El Sueño del Artista.
Pobreza y Virtud.

SECCIÓN CIENTÍFICO-RECREATIVA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

Esta interesantísima Biblioteca la forman cuarenta tomos con cubierta y láminas al cromo, en los que, por series, se refieren, por el Capitán Warthon, en forma novelesca y amena, aventuras extraordinarias y viajes peligrosos por las cinco partes del mundo.

Serie 1.ª—Tres Españoles en Australia (4 tomos).
» 2.ª—Los Náufragos de «El Elthen» (5 íd.)
» 3.ª—Los Hijos del marino Crammer (6 íd.)
» 4.ª—Aventuras de una Mujer en California (6 íd.)
Serie 5.ª—Los Misterios del África (5 tomos).
» 6.ª—Un drama en un Globo (4 íd).
» 7.ª—La Vuelta al Mundo en Bicicleta (10 íd.)

ACTUALIDADES

Viajes al país de los Boers, por el capitán holandés Von de la Roc.—Esta interesantísima obra, en la que se hace un *acabado estudio del Transvaal, de su historia, usos y costumbres, y se sigue paso á paso la última campaña anglo*-boer, se publica por cuadernos de 32 páginas y profusión de grabados intercalados en el texto.—El precio de cada cuaderno es de 20 céntimos.

El Paludismo, por A. Gil y Morte, Catedrático de la Facultad de Medicina de Valencia.—Precio: 1 peseta.

Los pedidos de estas obras para provincias, á D. Román Gil, Provenza, 266, bajos.-BARCELONA.
En Madrid: D. Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos, 10, librería.